

EL RECONOCIMIENTO DE PEKIN Y LA RUPTURA DE FORMOSA

Al reconocimiento de la China comunista por De Gaulle han sucedido toda suerte de críticas y comentarios, hipotéticos desde luego, pues no es tan fácil penetrar los móviles y objetivos del presidente francés. De momento todos estos comentarios han expandido un eco mucho más importante que el mismo reconocimiento en sí.

No es, desde luego, Francia el primer país del Pacto del Atlántico que reconoce al régimen de Mao Tse-tung. Ya en el año 1950 lo ha hecho Inglaterra, por ejemplo. Quizá Francia lo hubiera hecho entonces también, de haberlo permitido los acontecimientos, que la obligaron no a seguir el ejemplo inglés, sino el americano. Tampoco pudo hacerlo mientras duró la guerra de Argelia, a causa de la ayuda que Mao prestaba al F. L. N.

Pero ahora todo es diferente: la guerra de Argelia ha pasado y el Gobierno de París se esfuerza por mantener relaciones de buena amistad tanto con la Argelia de Ben Bella, como con la Guinea de Seku Ture, como con la China de Mao.

El hecho del reconocimiento no se sabe todavía la trascendencia que tendrá. Desde luego que el reconocimiento de un régimen revolucionario no significa lo mismo que su aprobación; no es sino la constatación de quien ha llegado en un país a ser el dueño efectivo, de quien ejerce el poder. En este sentido nadie puede negar la realidad del régimen comunista de la China continental, como tampoco la realidad del régimen de Chiang Kai-chek en Formosa.

Es posible que la situación en el Sudeste asiático no sea después del reconocimiento peor de lo que ya era antes. También es posible que el presidente americano hubiese preferido no oír durante el año 1964, año de elecciones, nada referente a la admisión de China en las Naciones Unidas. Pero, en realidad, los problemas de la Administración americana no los estima

De Gaulle en modo alguno como propios, así como tantos otros que no pertenecen privativamente al campo de la Administración.

Admitiendo que el reconocimiento sea un mero acto político, del cual no dependen ni las relaciones económicas, como lo demuestra el caso del Canadá, que vende millones de toneladas de cereales todos los años al Gobierno de Pekín, aun cuando no lo haya reconocido, ¿cómo ha de tomarse la decisión de París que certifica la legitimidad del régimen comunista y que sustituirá a Chiang Kai-chek por Mao Tse-tung en la O. N. U.?

El quid de la cuestión será para el observador—dentro de la normal incapacidad para interpretar los golpes de efecto de los políticos personalistas, que obran en función de su propio talante—que el general De Gaulle intenta manejar todas las fuerzas posibles contra la diplomacia americana en el Lejano Oriente; que intenta también la incorporación de la Delegación de la República Popular de China al gran concierto de las Naciones Unidas, y que quiere alentar a aquel sector que en el Sudeste asiático recomienda la neutralidad como alternativa contra la subversión comunista, antes que el empleo de las armas, que tendría un éxito dudoso a la vista de los hechos.

El sueño de De Gaulle es, ante todo, revalorizar la importancia de la diplomacia francesa. En Europa lo procura tratando de reducir a un mínimo la integración militar en el marco de la N. A. T. O., y en el Lejano Oriente, donde sólo está vinculado con la S. E. A. T. O., se esfuerza todavía más por no parecer solidario con los Estados Unidos, ya que éstos, debido a su gran poder, no pueden ser considerados más que como protectores o como dominadores.

En Europa, desde la negativa a la entrada de Gran Bretaña en el Mercado Común, apenas si se le ofrece al general alguna ocasión de sorprender a amigos y enemigos con alguna de sus jugadas intemperantes e inesperadas. El Mercado Común funciona con dificultades. La complejidad de su mecanismo y las presiones de tantos intereses desaniman a cualquiera. Pero en Asia tiene todavía De Gaulle la posibilidad de manejar términos tan de su gusto como el de la «sana comprensión humana».

Se argumentará que la China comunista existe, y que rehusar reconocer esta existencia no basta ni para destruir a Mao ni para lograr el regreso de Chiang Kai-chek a Pekín. También que cuanto más aislada se la mantenga, más agresiva y más subversiva se tornará. El conflicto Moscú-Pekín puede también prestar sus argumentos defensivos de la medida tomada por

el presidente francés, pues hay quien opina que será un gran día cuando los dos gigantes del comunismo discutan públicamente en Nueva York. Se puede argumentar también que los problemas del Sudeste asiático son insolubles sin la cooperación del Gobierno de Pekín, que no se gana nada ignorando los hechos, etc.

Y en cuanto al hecho de que esta decisión haya sido tomada unilateralmente, con muy poco respeto para los aliados y para los numerosos tratados que obligan a una acción común, se aducirá que los propios Estados Unidos, por ejemplo, han tomado multitud de decisiones sin contar para nada con Europa ni con Francia.

Es posible que tanto Pekín como París, no firmantes del Tratado de Moscú, quieran expresar su oposición a la hegemonía ruso-americana; es posible también que De Gaulle quiera hacer ver a Moscú que él es lo suficientemente importante como para poder conversar vis a vis con el Kremlin; quizá le quiere demostrar a Erhard, el canciller estrechamente unido con los Estados Unidos, que la Francia gaullista tiene todavía un papel preponderante en el escenario político.

De Gaulle estima en más los intereses nacionales que las ideologías. Pero aquí podría uno preguntarse si su deseo de que Francia ocupe un puesto preponderante en el acontecer político, si ese prurito de la importancia francesa no se parece en nada a una ideología. «Las ideologías—dijo en una ocasión—son la bandera de las ambiciones.» Pero no hacía mucho que había hablado de la alta ideología que animaba el espíritu de los franceses... El general tiene a la opinión acostumbrada al cambio radical. Pues bien, últimamente desestima las ideologías. Está convencido de que ni la amistad ni la unión son duraderas y confía en la paz a la sombra del peligro termonuclear; así juega sus cartas, siempre espectaculares, y espera la réplica de sus irritados o fascinados compañeros y contrarios, que sobre el objetivo real de su política están en tinieblas.

Es muy posible que con el anuncio oficial de que París y Pekín inician relaciones diplomáticas se haya dado un paso calamitoso, sobre todo por lo que tiene de irrevocable. La decisión de De Gaulle estaba tomada de antemano, aun cuando concedió dos días de plazo a sus compañeros para discutir la nueva situación.

En esta política consciente y expeditiva, y sobre todo monodecisiva, se esconde el daño más inmediato que ha causado el paso de De Gaulle. La

escisión de París y Washington se hará más profunda cada vez; todo esto en un momento en que la situación de la Alianza Occidental exige urgentemente un fortalecimiento, y cuando es notorio que el antagonismo americano-francés paraliza al Occidente, tanto en sus empresas constructivas hacia fuera, como en sus esfuerzos por una colaboración más estrecha hacia dentro.

Por eso, aun a los más fervientes seguidores de De Gaulle, les tiene que parecer lógico que una acción política común, o por lo menos coordinada, sería más efectiva frente al mundo comunista que una acción aislada. Pero la unión—alegrarán cuantos defiendan las razones del Gobierno de París—la han roto hace mucho ya otros miembros de la Alianza, que han obrado por su cuenta y riesgo sin consultar con nadie. Por ejemplo, desde la intervención de los Estados Unidos en el Líbano hasta el Convenio de Moscú, se ha olvidado a Francia en multitud de acontecimientos; lo cual sería suficiente para que Francia se crea en el derecho de obrar por sí misma.

A nadie se le escapa, sin embargo, que aquellos países de la Alianza Atlántica que tienen sobre sus hombros la responsabilidad de la política mundial deberían coordinar sus acciones. De Gaulle propuso la formación de un Directorio a tal fin. Esta propuesta no fué contestada todavía; de ahí que no tuviera nada de extraño que el reconocimiento de Pekín encerrara un aire de advertencia y estuviese relacionado con tal proposición.

El más importante motivo para la aceptación de las relaciones con Pekín—dicen algunos defensores de la política de De Gaulle—es sin duda el deseo de romper el dualismo político del mundo; es decir, quebrantar el sistema bipolar que han establecido las dos grandes potencias nucleares, Rusia y Estados Unidos, y hacer un sistema policéntrico, en el cual los otros poderes, como China y Francia, tengan una intervención independiente, y en el que pueda ser posible, a la manera clásica, un juego de poderes políticos que buscan el equilibrio. Los defensores de De Gaulle nombran esta política como «altamente realista».

Dejando aparte su defecto capital, que creemos es el de la decisión aislada, encontramos se trata de un realismo relativo. Todas las definiciones y aclaraciones que se han sucedido últimamente sobre este concepto de «política realista», no deben tener una resonancia demasiado agradable a los oídos de Bonn. Admitido, por supuesto, que China existe, pero también existe la Alemania de Pankow, y aun más, existe el capitalismo imperialista, el comunismo, el sionismo; existe el castrismo en América, los países sub-

desarrollados, el hambre, la indigencia; también existía una Argelia francesa, también existió la O. A. S....

Esto que se llama realismo en política, y que luego veremos que no es un realismo tan «realista», es una constante en la historia política. No es de ahora ni mucho menos, aunque la pragmática sociedad de nuestros días, que usa cada vez menos la careta del convencionalismo, pueda aparecer como su creadora.

Si los Estados se atuviesen a los pactos o uniones por ellos firmados—Estados de las Naciones Unidas, de la N. A. T. O. y tantos otros—sobrarían tantos viajes, tantas conversaciones, tantas acciones individuales; en fin, estaría de más todo ese ir y venir tan febril como innecesario. Pero ya hemos dicho que es una dirección típica de la política, renovada en nuestros días con más fuerza, y no es que la haya renovada De Gaulle; éste lo único que ha hecho es quizá romper con el disimulo. El presidente francés desprecia todas las uniones internacionales a las que Francia ya pertenecía cuando él se hizo cargo del poder. Haciendo caso omiso de ellas, adopta una postura de *enfant terrible* internacional y se atribuye sin más el papel de héroe.

Tiene plena conciencia de sus actos y no se preocupa demasiado de dar a sus acciones una explicación que encubra sus intenciones verdaderas. Como hace, por ejemplo, Dean Rusk cuando intenta convencer al mundo de que el suministro británico de autobuses a Cuba es un crimen contra Occidente, mientras Estados Unidos no se recata de vender trigo a la U. R. S. S. O como hace Jruschew cuando habla de no emplear la fuerza en las relaciones internacionales, y mientras aprieta en un puño a media Europa. O como Fidel Castro, que afirma haber liberado al pueblo cubano del dominio extranjero y suscribe por otra parte un acuerdo con Moscú, mediante el cual la producción total de azúcar cubano pasará durante cinco años casi en su totalidad a Rusia, como si esto no constituyese una dependencia más fuerte que la anterior.

En virtud de este realismo en la política, puede Francia, sin duda alguna, llegar a una serie de acuerdos con Pekín y conseguir, entre otras cosas, su plan de neutralización del Vietnam, con lo cual asestaría un golpe certero a los Estados Unidos, e introducir la influencia francesa en Asia, donde ya se observa una incipiente retirada americana. Siendo poco probable que los cálculos de De Gaulle sobre política asiática salgan bien, pues no parece

Pekín el compañero más idóneo para establecer un *modus vivendi*, sobre todo en Indochina.

Pero a los Tratados a que llegue con Pekín, por esta vía realista, el Gobierno de Mao se atenderá o no, porque naturalmente no está obligado a ser menos realista que el de París. Y en un momento determinado puede ser más realista no cumplir un tratado que cumplirlo. Y cabe preguntar: ¿Con qué fuerza cuenta Francia para obligar a Pekín? El recurso de la política realista no puede ser otro sino la fuerza. Así lo resumió Hobbes: «Los pactos sin la espada no son más que palabras.» En el terreno de la fuerza, Estados Unidos es un coloso que puede permitirse lujos de los cuales están muy lejos los franceses. Por lo demás, es ridículo pensar que la amistad francesa pueda cambiar la dinámica esencial del comunismo chino y las necesidades de expansión propias de su categoría de potencia. Si así fuera, desde luego podría dárseles la razón a tantos moralistas que ensalzan los beneficios de la amistad.

Vemos, pues, que tal realismo puede perjudicar a la Alemania dividida, que es lo mismo que decir a la Europa dividida; por tanto, no son los intereses europeos los primeros para De Gaulle. Entonces, de este paso del reconocimiento de China puede derivarse lo siguiente, sucintamente dicho: un perjuicio grave, que es la marcha atrás en la causa de la Europa unida; un error grave de procedimiento, que es actuar unilateralmente, despreciando los convenios internacionales y la participación aliada; un fracaso, el sustituir el influjo americano en el Sudeste asiático por el francés, fruto esta imposibilidad de la carencia de medios franceses, tanto para coaccionar como para ayudar. Todo esto, a corto plazo, siendo incalculables los perjuicios que se irán sucediendo a la larga en todo el ámbito de la política mundial.

Para creer que de ello podría derivarse algún efecto beneficioso, habría que aceptar que De Gaulle es el legislador omnipotente, animado de un soplo divino y que conoce las razones ocultas de las cosas, legislador del que con tanta inocencia hablaba el ginebrino Juan Jacobo Rousseau.

No aceptando ni los métodos ni creyendo en los resultados de este reconocimiento del Gobierno de la República Popular China, expresión de la tan traída y tan llevada política realista, queda por ver la cuestión a la luz de la disputa ruso-china, que según algunos comentaristas pro-gaullistas, sufrirá un nuevo enardecimiento con la medida francesa, y que son los mismos

que esperan ver grandes cosas el día en que públicamente en las Naciones Unidas los dos grandes comunistas ventilen sus diferencias.

El acercamiento francés a China ha empezado con la adulación a Albania. El proceso de desestalinización iniciado a la muerte del zar rojo, no tuvo para los chinos los resultados prácticos que ellos esperaban. En la era de Stalin los chinos sufrieron un imperialismo que no tenía grandes diferencias con el del tiempo de los zares. Pese a la actual divergencia en la interpretación de los conceptos doctrinarios—sutilidades de filósofo, muy lejos del comunista medio—, la realidad es que serias diferencias geopolíticas separan cada vez más a los dos países. Lo que al principio pareció ser una maniobra más de la guerra táctica, sin armas, tiene carácter de un ruptura absoluta. Pero sería ir demasiado lejos pensar que es definitiva. Los últimos tiempos han curtido a los hombres en el escepticismo político: nadie puede creer ya que haya algo definitivo. Si Rusia y Estados Unidos han pasado años pregonando sus incompatibilidades y antagonismos, si los han escrito en millones de kilómetros de papel, y si, por fin, un día descubren que pueden convivir amigablemente, no se alcanza a ver la imposibilidad de que China y Rusia superen una crisis que ha producido más que nada el diferente grado de desarrollo o la presión demográfica china, volviendo a brillar la doctrina del marxismo pura y sin mácula a la luz de la reconciliación.

Las prometidas venturas que vendrían con la desestalinización sufrieron un ligero quebranto en 1955 con la reconciliación de Moscú y Belgrado. Pero fué peor para Pekín el cambio en la política rusa con respecto al tercer mundo, que empieza precisamente en la misma frontera de China. Jruschev renovó las viejas tesis de que la neutralidad entre Oriente y Occidente era imposible y trató de lacayos del imperialismo tanto a Nehru como a Nasser, si bien poco después era el primero recibido en Moscú con todos los honores.

Si bien este programa de desestalinización daba mayor autonomía al Partido comunista chino, y a Pekín en general, no pasó inadvertido el riesgo que con él se corría a hombres como Mao, Liu Shao-Chi, Tschu En-lai, a la vista de las grandes dificultades internas de China; los sucesos de Hungría y Polonia en octubre del año 1956 confirmaron estos temores. La revolución húngara advirtió a Mao que el impeler y fomentar la lucha contra el culto a la personalidad podría acarrear conflictos dentro del Partido y, por consiguiente, provocar el debilitamiento del mundo socialista. Esto aclara la sim-

patía y el apoyo masivo e incondicional de Pekín a Albania, donde la imitación de la desestalinización había sacudido en sus cimientos al régimen de Enver Hodschas, haciéndole correr serio peligro.

También con la crisis húngara empeoraron las relaciones Pekín-Belgrado, y así se atacó a los «revisionistas» yugoslavos por los defectos y debilidades que no se atrevían todavía a reprochar a los rusos. Los rusos asimilaron esta táctica y atacaban a la indefensa Albania, aunque los golpes iban dirigidos a China; así, Albania se constituye avanzada en Europa del comunismo chino.

El acercamiento francés ha tenido también su escala en Albania, donde ha podido fraguarse el programa de amistad franco-china.

La llegada a Tirana como embajador francés de Pierre Gorce fué notablemente resaltada por Radio Albania. Y a la entrega de las Cartas credenciales al jefe del Estado nominal Hadschi Lleshi, dijo textualmente el diplomático francés:

«Aun cuando llevo pocos días en su país, puedo apreciar los esfuerzos del pueblo albanés para prosperar en los diferentes aspectos. Al presente veo que se esfuerza este pueblo por el progreso cultural, económico y social, igual que siempre se ha esforzado a lo largo de la Historia para ganar, conservar o recuperar su independencia. Durante un largo período, con el que todavía nos unen los recuerdos amargos, han sufrido Albania y Francia los mismos sinsabores, han alimentado las mismas esperanzas y han participado en las mismas batallas victoriosas.»

El embajador era portador del saludo personal de De Gaulle para Hadshi Lleshi y para el pueblo albanés.

Así, mientras América, Yugoslavia y Grecia son considerados en Tirana como enemigos principales, juntamente, por supuesto, con el voluble Jrushev, la política independiente de De Gaulle cuenta con las simpatías del jefe del Partido albanés.

El general encuentra campo para su política, y es el primer jefe de Estado occidental que entabla conversaciones con Albania, poniendo así la primera piedra de las conversaciones y de las conclusiones a que ha llegado con Pekín posteriormente.

Si Francia hubiera reconocido a China simplemente por tomar parte en uno de los dos bandos de la disputa ruso-china, hubiera sido prematuro este reconocimiento, y según opina una nueva revista española, hace poco apare-

cida, «la postura de un Occidente verdaderamente anticomunista hubiera sido cruzarse de brazos y dejar que contendieran los «hermanos» enemigos».

«Mas el Occidente—dice la revista—siempre ha ayudado y salvado en los momentos trágicos al imperio comunista, creado por las fuerzas ocultas, que entonces como hoy traicionan a la civilización cristiana.»

* * *

La ruptura de Taipei ha sido sin duda alguna recibida en París con un suspiro de alivio, pues se ha provocado con una larga serie de maniobras diplomáticas y se ignoraba hasta el final el éxito que éstas encontrarían en su cometido. Es posible que en París se hubiera esperado al principio—si bien ello es en sí bastante ingenuo—que el reconocimiento de Pekín no obligase a la ruptura con Chiang Kai-chek. El enviado de De Gaulle a Pekín, Edgar Faure, declaró que el reconocimiento del régimen de Mao no implicaba otros acontecimientos, y que por sí mismo no llevaría a otras medidas. Que si algo más ocurría que tuviera alguna relación con él, habría ocurrido igual de no haberlo llevado a la realidad. Declaró también que no sería necesario romper con Formosa, pues Francia estaba dispuesta a mantener relaciones tanto con Pekín como con Taipei; esto fué ratificado por muchos informadores profesionales, que han quedado en una posición un tanto incómoda posteriormente; y es que, en primer lugar, la política de China es cosa personal de De Gaulle, y en segundo lugar, tal afirmación se había hecho sin contar para nada con Mao.

Las dudas de los informadores extranjeros respecto a la posibilidad de mantener relaciones con las dos Chinas se vieron pronto confirmadas.

El jefe del Gobierno chino, Tschu En-lai, proclamó de forma categórica, en su viaje por Africa, que Pekín no toleraría en París una representación de Formosa junto con la de la República Popular China. En realidad, la tesis de las dos Chinas era tan inaceptable para Pekín como para Formosa. Desde este momento comenzaron los portavoces oficiales franceses a no encontrar ningún fundamento jurídico a la tesis de las dos Chinas, y así se fué desencadenando una especie de guerra de nervios, cuyos efectos se fueron concentrando poco a poco contra Formosa. Se dijo en París que Francia tendría que romper las relaciones con la China nacionalista si ésta no lo hacía, y éste fué el momento en que Formosa dió el paso decisivo del rompimiento,

dejando el camino franco para que Francia y la República Popular China negociasen a su gusto.

Pero las maniobras en la sombra de la diplomacia francesa no pueden desvirtuar la realidad de las cosas; es decir, el hecho de la no tolerancia de Mao en París de una representación de la China nacionalista. Pekín no puso condiciones al reconocimiento, y es posible hasta que al principio Francia no hubiera planeado la ruptura con Formosa, y que se haya visto obligada posteriormente por la maniobra de Mao Tse-tung, quien, después que se hizo pública la noticia del reconocimiento del régimen de Pekín por Francia, retrasó incomprensiblemente las negociaciones, y sobre todo el envío de su negociador, ejerciendo la presión sin que ésta le haya costado una sola palabra. El Quai D'Orsay tuvo, por fin, que provocar la ruptura. Y aun se ha querido hacer pasar toda esta maniobra por una genialidad más de la visión política del presidente francés.

La diplomacia francesa puede presentar las cosas a su antojo, pero ya ha sido forzada por Mao a una decisión; esto prácticamente antes de empezar.

Las «peligrosas masas amarillas», según expresión del propio De Gaulle, obligan a la ruptura con Formosa, bien que puede ser, en virtud de los principios de la «sana comprensión humana», también expresión muy querida por De Gaulle.

El golpe ha sido duro para Formosa, y no sólo para Formosa, sino para todo lo que se llama Occidente. En el futuro se verá si este sensacionalismo o esta maniobra «genial» no es altamente perjudicial para la propia Francia.

GREGORIO BURGUEÑO ALVAREZ.

CRONOLOGIA